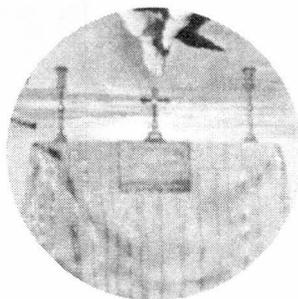


# EL CRISTIANISMO ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

DESDE LAS GRANDES RUPTURAS HASTA  
LOS GRANDES ENCUENTROS

PBRO. ALBERTO RAMÍREZ Z.





Es cierto que el paso de un milenio a otro no es más que algo convencional en la periodización de la historia humana. Es cierto también que en el caso del paso del segundo al tercer milenio, nos estamos refiriendo a una periodización del tiempo que tiene que ver con la historia cristiana y occidental.

Para algunos este milenio que termina ha sido "el milenio del horror". Quienes así piensan insisten en el hecho de que en estos mil años de historia, el Occidente cristiano conquistó el mundo entero, imponiendo todo a todas las culturas, inclusive el calendario. Se dice que "todos sus descubrimientos, sus conquistas, sus colonizaciones, sus revoluciones, sus democratizaciones" estuvieron acompañados de la intención de propagar, aun por la violencia, la "verdadera fe", como sucedió con las Cruzadas, y también con violencia la "verdadera democracia", como sucedió recientemente con las guerras de la OTAN de 1999.<sup>1</sup>

Los que miran con una mirada negativa el milenio transcurrido insisten en el hecho de que los mil años de historia cristiana, que están por concluir, han estado marcados por situaciones de confrontación, vividas frecuentemente con características impresionantes de violencia. Insisten además en el hecho de que, en comparación con nuestra manera de concebir hoy como un propósito de evangelización universal el proyecto misional del cristianismo, los procedimientos misioneros de épocas pasadas respondieron más bien a criterios de conquista.

Pero, ante una visión crítica radicalmente negativa al respecto, cabe preguntarse: ¿Justifican las sombras de la historia vivida en este tiempo el que se hable de esos mil años transcurridos de historia occidental cristiana como del milenio del horror? ¿Y podrán relacionarse tan estrechamente con el cristianismo los errores y las fallas que constatamos en la historia occiden-

---

<sup>1</sup> El conocido periodista Antonio Caballero Calderón ha comenzado a publicar una serie de artículos en la Revista Semana 913 (noviembre 1 al 8 de 1999), p. 65-70, con el título de El Milenio del Horror.

tal de aquel milenio, sin caer en simplismos y en generalizaciones indebidos?

La coyuntura histórica en la que nos encontramos constituye una ocasión privilegiada para mirar, con una mirada hermenéutica, el pasado milenario del cristianismo, y para asomarnos, con una mirada prospectiva, a los mil años por venir.

Ciertos temores e inquietudes “milenaristas” que se manifiestan en nuestros días ante la inminencia del paso de un milenio al otro, con características apocalípticas, nos recuerdan circunstancias similares vividas en momentos de transición temporal, como las que se dieron en el momento del paso del primero al segundo milenio. Pero no deben ser estos temores e inquietudes los que nos ocupen primordialmente en este momento, sino precisamente el interés por comprender mejor lo que ha sido el cristianismo en el pasado y lo que se anuncia para el milenio que está por comenzar.

La Iglesia católica ha demostrado este interés, al convocar a los cristianos a preparar convenientemente la celebración del comienzo de una nueva época de la historia. De ese interés son testimonio los repetidos llamamientos del Papa Juan Pablo II, dirigidos a todos los católicos, a los cristianos y a toda la humanidad, para entrar con un espíritu de conversión y de esperanza en el próximo milenio. Con ese fin promulgó el Papa en 1994 una Carta Apostólica,<sup>2</sup> por medio de la cual convocaba a toda la Iglesia a celebrar un trienio de preparación para el gran Jubi-

leo del año 2000, trienio que está llegando a su término.

Con el deseo de contribuir a realizar un juicio sereno sobre el momento coyuntural que vivimos, conviene considerar varios aspectos: en primer lugar, el hecho de que, a pesar de las sombras de la historia vivida en este milenio, en él se han logrado grandes conquistas, desde Occidente, para la humanidad; en segundo lugar, vale la pena señalar el hecho de que el milenio transcurrido ha sido un milenio en el que no se logró la integridad de la humanidad, desde el punto de vista de las culturas y de las religiones, ni el cristianismo jugó propiamente un papel decisivo en ese sentido; y en tercer lugar, el hecho de que los “signos de los tiempos” que estamos viviendo, anuncian un maravilloso futuro para la humanidad del próximo siglo y sobre todo del próximo milenio, en el sentido de la integración cultural y religiosa de la humanidad, frente a la cual integración el cristianismo puede desempeñar un papel muy fecundo.

### **1. El segundo milenio: un milenio de grandes conquistas**

Nadie podrá negar que el milenio que está por concluir ha sido un milenio de grandes progresos en nuestro mundo occidental, en el que se fue gestando una civilización, con identidad propia, que no es explicable sin el cristianismo. Los primeros siglos de este milenio fueron la culminación del gran proceso cultural que hemos denominado la Edad Media, época en la que ninguno de los ámbitos de la cultura se desarrolló independientemente del cristianismo.

<sup>2</sup> Carta Apostólica Tertio Millenio Adveniente del 10 de Noviembre de 1997.

Terminada la Edad Media y ya abandonada la tutela del cristianismo a causa de una secularización creciente, la razón medieval dio paso a la aparición de una "razón ilustrada", al mismo tiempo que a la época de la razón científica y técnica. Pero aun en las llamadas épocas moderna y contemporánea, en contextos secularizados, el cristianismo floreció de tal manera que parecía presagiar un futuro universal, inexplicable sin él.

Al referirse a las expectativas que se tenían a finales del siglo pasado en relación con el cristianismo, en el momento de la reunión del llamado Parlamento de las religiones (1893), el teólogo alemán Karl-Joseph Kuschel, afirma lo siguiente:

*... La modernidad ha sido en gran medida producto de la Historia europea, la cual a su vez no es imaginable sin la influencia del cristianismo. La situación del cristianismo, política y socialmente considerada, era en 1893 extraordinariamente favorable. Podría decirse incluso que a finales del siglo XIX el cristianismo había "conquistado" una posición mundial única, naturalmente en el marco de la política europea del colonialismo, el imperialismo y el expansionismo. Una combinación de cultura occidental y de religión*



*cristiana dominaba las antiguas culturas. India se hallaba bajo el control político y económico inglés y parecía espiritualmente exhausta. China yacía postrada económica, espiritual y políticamente, convertida en juguete de las potencias europeas. Japón estaba aislado; África, colonizada. En suma, el espíritu de la Modernidad era el espíritu eurocéntrico conformado cristianamente, dominador del mundo, que incluía a Norteamérica, a donde se había trasplantado la visión cristiana y eurocéntrica del mundo mediante sucesivas oleadas migratorias.<sup>3</sup>*

También a comienzos de este siglo, cuando en 1910 se reunió en Edimburgo la Conferencia Universal Misionera, el acontecimiento en el que todo el mundo ve el origen del movimiento ecuménico, que constituía el sueño de ver restaurada la unidad del cristianismo, se pensaba de la misma manera. El mismo teólogo alemán, que acabamos de mencionar, se refiere a dicho acontecimiento, diciendo que en tal Conferencia se pensaba en una extraordinaria oportunidad histórica para el cristianismo:

*En términos casi apocalípticos se exaltó entonces la "irrepetibilidad del momento histórico" en que era de esperar una cristianización del mundo en el plazo de sólo diez años.<sup>4</sup>*

<sup>3</sup> Hacia una ética mundial. Declaración del Parlamento de las religiones del mundo, ed. por Hans Küng y Karl-Joseph Kuschel, Madrid: Ed. Trotta, 1994, p.75-76.

<sup>4</sup> Ib. p. 78.

Lo que se ha vivido desde entonces hasta nuestros días y que ha sido designado, en el presente, como "la quiebra de la Modernidad cristiana eurocéntrica," en virtud de la importancia que en el mundo ha ido teniendo una especie de policentrismo, que ha permitido que las diferentes culturas y también las distintas religiones de la humanidad hayan entrado a jugar un papel indiscutible en el concierto de la cultura universal, nos hace ver hoy las cosas de manera diferente a como se veían a finales del siglo pasado. Mucho más si se tiene en cuenta el creciente fenómeno de "globalización", del que se habla actualmente.

Sin embargo, el hecho de que la civilización europea y el cristianismo, intrínsecamente vinculado con ella, no parezcan tener ya hacia el futuro las posibilidades con las que se soñaba, no significa de ninguna manera su fracaso ni nos autoriza a realizar un juicio radical negativo en relación con el milenio que termina. Ni siquiera los llamados "horrores" del milenio lo justifican. El milenio que está llegando a su término ha sido un milenio en el que la civilización occidental, profundamente marcada por el cristianismo, ha desempeñado un papel enormemente fecundo dentro de la historia humana.<sup>5</sup>

## **2. Pero un milenio que no ha sido de integración, ni al interior del cristianismo ni hacia afuera de él.**

*Con una expresión más bien metafórica se ha venido diciendo que, mientras que los orientales miran la realidad con el corazón, los occidentales lo han hecho cada vez más con la cabeza.*

Hay un aspecto, sin embargo, que no puede pasarse por alto cuando se quiere emitir un juicio objetivo y realista sobre el milenio transcurrido, y cuando se quiere señalar, por contraste, lo que parece anunciarse para el próximo milenio: el milenio que termina no ha sido un milenio de integración, al interior del cristianismo, ni hacia afuera de él, en relación con la realidad cultural y religiosa de la humanidad. Este milenio ha sido un milenio de divisiones, de confrontaciones, de ausencia de comunión cultural y religiosa.

### **2.1. Un milenio de divisiones al interior del cristianismo**

Durante los mil años de historia que están a punto de culminar se han sellado grandes divisiones en el cristianismo.

La primera, la que ya venía gestándose durante mucho tiempo en el milenio anterior, fue la que se dio entre el cristianismo oriental y el occidental. El distanciamiento creciente entre ambos cristianismos no se dio simplemente por razones institucionales, sino por razones mucho más profundas de mentalidad. En el cristianismo occidental se fue desarrollando una racionalidad cada vez más diferente de la del cristianismo oriental. Con una expresión más bien metafórica se ha venido diciendo que, mientras que los orientales miran la realidad con el corazón, los occidentales lo han hecho cada vez más

<sup>5</sup> La actitud que debemos tener los creyentes para interpretar la historia humana, por más realista que tenga que ser, no puede convertirse en una actitud negativa. Para los cristianos, el hecho de tener una concepción de Dios como la que nos ha revelado Jesucristo, revelación de un Padre de amor infinito, la historia no puede ser vista como una historia fundamentalmente negativa. Hermosamente decimos que nuestro Dios también "escribe recto en renglones torcidos".



con la cabeza. Y, aunque no es del todo justo hacer afirmaciones radicales como ésta, no deja de ser sugestiva dicha consideración para señalar los énfasis puestos, en cada parte, en lo referente a la racionalidad que las caracteriza. Lo cierto es que el cristianismo se dividió sobre todo por razones de mentalidad en dos cristianismos y que la división se selló definitivamente en el milenio que está terminando.

La segunda división se dio en el seno del cristianismo occidental, en el S. XVI, cuando, después de repetidos intentos de reforma, el proyecto protestante terminó por imponerse con éxito. Nacieron así dos cristianismos occidentales paralelos: el catolicismo y el protestantismo. Y, mientras que el cristianismo occidental católico logró mantenerse unificado, en torno al ideal tridentino y a la autoridad del Papa, el protestantismo siguió diversificándose, en virtud de su misma concepción de la Iglesia. No se pueden alegar aquí las mismas razones que causaron la división del cristianismo en un cristianismo oriental y otro occidental. En este caso, supuesta una misma racionalidad occidental, ciertas circunstancias, no de poca trascendencia y relacionadas todas con la preocupación por afirmar la autenticidad de la Iglesia en su fidelidad al evangelio, se convirtieron ahora en las causas de la división.

*Nuestro milenio no ha sido pues un milenio de diálogo entre el cristianismo y las religiones de la humanidad, ni de diálogo entre dichas religiones, ni entre las diferentes culturas de la humanidad.*

Estas divisiones no constituyen un hecho menor de la historia cristiana. Sobre todo, no se dieron sin traumatismos, sino que produjeron consecuencias de una inmensa gravedad y sufrimientos absurdos.

## **2.2. Un milenio en el que el cristianismo no fue un factor de integración cultural y religiosa de la humanidad.**

Pero hay otro hecho que, si bien es constatable en otros momentos de la historia humana, lo es de manera indiscutible sobre todo en el milenio que termina. Este milenio no ha sido un milenio de integración de las culturas y las civilizaciones de la humanidad. Ellas han coexistido sin relacionarse y, a excepción de la cultura occidental cristiana, ninguna ha tenido posibilidades de desarrollo universal.

Es pues a esta cultura occidental cristiana a la que hay que reconocer los mayores logros en lo referente a su irradiación universal. Pero no en el sentido de que ella hubiera sido un factor de integración cultural, sino en el sentido de que ella fue concebida como una cultura llamada a extenderse por todas partes y, en alguna forma, a ir reemplazándolas a todas.

El cristianismo, en particular, indisolublemente ligado con la cultura occidental, comprendió su vocación misionera en este sentido. El ideal del éxito misionero del cristianismo implicaba el empeño por convertir los distintos ambientes del mundo en una "tabula rasa", para hacer germinar por todas partes el cristianismo y, en cuanto vehículo de la cultura occidental, para implantar así dicha cultura.

Nuestro milenio no ha sido pues un milenio de diálogo entre el cristianismo y las religiones de la humanidad, ni de diálogo entre dichas religiones, ni entre las diferentes culturas de la humanidad. Y,

para repetirlo una vez más, el cristianismo no ha sido en este milenio propiamente un factor de integración cultural y religiosa, en términos generales. Para algunos, esta realidad constituye una razón suficiente para hacer un juicio negativo de valor sobre el milenio de cultura occidental cristiana, que está terminando, aunque diferente al que se hace al considerar este milenio como el "milenio del horror". Pero no es nuestro propósito explicar o justificar lo que ha acontecido en este tiempo. Lo que importa ahora es reconocer la realidad y, a partir de ello, reconocer lo que, por contraste, se anuncia hacia el futuro.

### 3. Los signos de los nuevos tiempos

En nuestro tiempo se han empezado a presentar signos que anuncian lo que será posiblemente el futuro de la humanidad. Ya por la década de los años sesenta, con ocasión de la convocación del Concilio Vaticano II, el Papa Juan XXIII hablaba de los "signos de los tiempos", que no sólo debían servir para reconocer las responsabilidades de la Iglesia en relación con los retos planteados a ella por el mundo contemporáneo, sino que debían servir también para reconocer los tiempos por venir.

Si se pretendiera resumir, de manera muy breve, lo que fueron los objetivos que el Concilio fijó para la Iglesia, dentro de esta sensibilidad frente a dichos signos, habría que recordar primero que todo el propósito de lograr en ella un *aggiornamento*, para buscar una nueva fidelidad a su espíritu original, por un retorno a las fuentes; y, en segundo lugar, el propósito de un compromiso de

apertura dialogal de la misma Iglesia en relación con todos sus posibles interlocutores: las confesiones cristianas no católicas, las religiones no cristianas, el mundo moderno.

Lo segundo se ha venido concretando, desde la época del Concilio, en una serie de manifestaciones que permiten adivinar, de manera especial, lo que se anuncia hacia el futuro como posible para la Iglesia y para todas las búsquedas religiosas de la humanidad: frente a un pasado de distanciamientos, de confrontaciones y de divisiones, el futuro religioso de la humanidad será un futuro de grandes diálogos y de grandes encuentros.

En este contexto se pueden señalar tres niveles, en los cuales se anuncia el futuro hacia el cual nos encaminamos: el primero es el de los diálogos al interior del cristianismo, que designamos como ecumenismo; el segundo es el de los diálogos del cristianismo con las grandes religiones de la humanidad; el tercero es, dentro del contexto de los diálogos entre todas las culturas y religiones de la humanidad, el diálogo del cristianismo con ellas y, en particular, con la cultura moderna.

#### 3.1. El ecumenismo o diálogo al interior del cristianismo

En sentido estricto, la noción de ecumenismo se emplea hoy para designar el propósito del diálogo al interior del cristianismo entre las distintas iglesias y confesiones cristianas. Se trata de un propósito más bien reciente. Si bien es cierto que en otros momentos de la historia del cristianismo se presentaron testimonios

en favor de la unión de los cristianos<sup>6</sup>, también lo es que un verdadero movimiento ecuménico sólo se ha dado en los últimos tiempos, sobre todo en este siglo.

En el año de 1948 fue creado oficialmente, en una gran Asamblea que tuvo lugar en Amsterdam, el Consejo Mundial de las Iglesias, como fruto de un importante proceso que había comenzado a principios de este siglo. En particular se señala el año de 1910 como la fecha en la cual se puso en marcha el movimiento ecuménico. En ese año se reunió en Edimburgo la Conferencia Internacional de las Misiones. A partir de entonces se dieron dos movimientos importantes, que se desarrollaron paralelamente hasta confluir en un solo propósito.

El primero de ellos tuvo que ver con preocupaciones de cooperación práctica de las distintas Iglesias cristianas, en favor de la causa de la paz, con ocasión de la primera guerra mundial. Dicho movimiento, al que se le conoce con el nombre de Vida y Acción (Life and Work - Vie et Action), coordinó importantes acciones caritativas en favor de las víctimas de la guerra e impulsó iniciativas en favor de la paz.

El segundo denominado Fe y Constitución (Faith and Order - Foi et Constitution) obedeció más bien a preocupaciones doctrinales. Su origen se encuentra precisamente en la Conferencia Internacional de

*En la gran Asamblea de Amsterdam se fijaron las bases de pertenencia al movimiento y se establecieron los principios ecuménicos que debían ser compartidos por las iglesias que quisieran adherir a dicho Consejo.*

las Misiones, a la que se ha hecho alusión y que había surgido de la conciencia que tomaron misioneros protestantes, procedentes de diferentes iglesias, acerca del escándalo que producía la división de los cristianos que se encontraban en unos mismos lugares con un mismo propósito, el de

misionar, de cristianizar, o de evangelizar. Poco a poco, en sus varias Conferencias Mundiales, este movimiento fue abordando de manera más comprometida, en un sentido de diálogo ecuménico, cuestiones que tenían que ver con los principios doctrinales de la fe cristiana.

Por estos dos caminos, el uno de carácter práctico y el otro de carácter doctrinal, se fue haciendo cada vez más consciente el deseo de constituir un gran movimiento ecuménico cristiano. Pioneros del mismo fueron cristianos protestantes, que encontraron pronto una respuesta positiva dentro de los cristianos orientales, pero no propiamente en la Iglesia católica, con la que intentaron permanentemente mantener relaciones de cordialidad y de fraternidad.

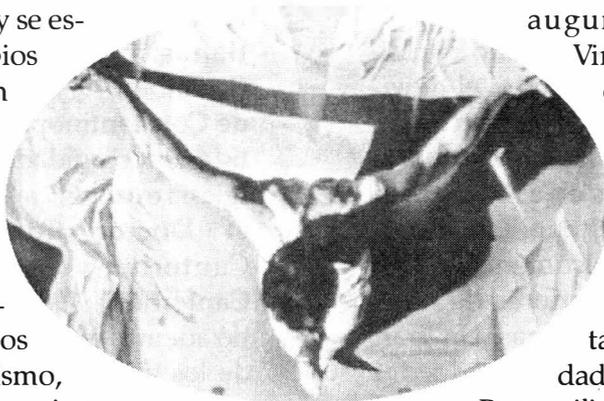
El gran propósito de crear pronto un gran movimiento ecuménico se retardó principalmente en razón de la crisis del mundo que condujo a la segunda guerra mundial. Pero, terminada la guerra, este gran sueño ecuménico se hizo finalmente realidad, cuando en el año 1948 se constituyó oficialmente el Consejo Mundial de las Iglesias. En la gran Asamblea de Amsterdam se fijaron las bases de perte-

---

<sup>6</sup> Basta recordar, al respecto, como ejemplos de una actitud ecuménica en un contexto occidental los nombres de un teólogo medieval, Abelardo, y los de humanistas de los comienzos de la llamada época moderna, como lo fueron Tomás Moro y Erasmo de Rotterdam.

nencia al movimiento y se establecieron los principios ecuménicos que debían ser compartidos por las iglesias que quisieran adherir a dicho Consejo. En grandes Asambleas realizadas desde entonces, se precisaron cada vez más los principios del ecumenismo, desde una perspectiva universal cristiana, y se afrontó el estudio de temas de importancia y actualidad para definir la significación del cristianismo en el mundo contemporáneo. De manera especial hay que recordar la gran Asamblea de Nueva Delhi, reunida en vísperas del Concilio Vaticano II (1961), en la que ya se dejan percibir preocupaciones teológicas y pastorales semejantes a las que habrían de presentarse en la Iglesia católica, en búsqueda de una profunda renovación.<sup>7</sup>

La Iglesia católica, por su parte, comenzó a caminar firmemente por el camino ecuménico con el Concilio Ecuménico Vaticano II (1962-1965), lo que en realidad no significa que no hubiera habido en ella preocupaciones ecuménicas. En efecto, desde el siglo pasado se habían conocido iniciativas ecuménicas católicas. Hay que recordar los diálogos con el anglicanismo iniciados en el siglo XIX, con el llamado "movimiento de Oxford", que fue emprendido de nuevo en este siglo con los llamados "Coloquios de Malinas". Ya también en el siglo pasado se comenzó a celebrar el "octavario de oración por la unidad", in-



augurado por el Padre Vincenzo Pallotti, fundador de la Sociedad misionera del apostolado católico (Palotinos) y difundido por el Padre Paul Wattson, pastor episcopaliano de Kingston, en el Estado de Nueva York, fundador de la Sociedad de la

Reconciliación. Este octavario se sigue celebrando cada año, por parte de todas las iglesias cristianas, entre los días 18 y 25 de enero, fechas en las que se celebran las fiestas de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Ya en la primera mitad de este siglo, se creó en Bélgica, con el apoyo del Papa Pío XI, un centro al servicio del ecumenismo, en el monasterio benedictino de Amay-sur-Meuse, con la revista *Irénikon* (1927); y más tarde, en Francia, otro centro por parte de los dominicos de París, con la revista *Istina* (1954). También en Lyon, el sacerdote Paul Couturier creó un centro (hacia 1935), llamado más tarde *Unidad cristiana*, para difundir la prensa ecuménica y promover encuentros de oración y de reflexión entre cristianos de diversas denominaciones. Y en Alemania, desde 1938, el Padre Max Joseph Metzger, fundador de la *Sociedad de Cristo Rey* (1919), que fue ejecutado por los nazis en 1944, emprendió un apostolado para el acercamiento de católicos y protestantes y fundó el movimiento *Una Sancta*, que organizaba encuentros y congresos.

<sup>7</sup> El Consejo Mundial de las Iglesias tiene su sede en la ciudad suiza de Ginebra y ha venido desarrollando una intensa actividad ecuménica, actualmente en una estrecha colaboración con la actividad ecuménica del catolicismo.

Pero la persona a la que se debe verdaderamente el haber comprometido decididamente a la Iglesia católica en el movimiento ecuménico fue el Papa Juan XXIII. Fue él quien fundó el Secretariado para la unidad de los cristianos en 1960 y quien convocó el Concilio Vaticano II, con propósitos explícitamente ecuménicos. A él fueron invitados observadores de otras iglesias y confesiones cristianas. Un gran impulso definitivo en el sentido del ecumenismo fue la promulgación en el Concilio del Decreto Unitatis Redintegratio (1964).

La actitud ecuménica de Juan XXIII y del Concilio fue asumida con igual entusiasmo por el Papa Pablo VI, quien tuvo va-

*Los valores específicos y toda la tradición de un cristianismo oriental representan una inmensa contribución para un cristianismo, como el occidental, que ha reducido excesivamente su racionalidad, y que ha perdido la capacidad de vivir la experiencia de lo sagrado de una manera más integral, profunda y mística:*

rios encuentros históricos con los jefes de otras Iglesias: con el patriarca Atenágoras de Constantinopla, cabeza de toda la Ortodoxia (Jerusalén, 1964; Roma, 1967) y con el Doctor Michel Ramsey, arzobispo de Canterbury, jefe de la Iglesia anglicana (Roma, 1966). Pablo VI buscó siempre el diálogo con los responsables de las Iglesias, y numerosas delegaciones de ellas vinieron a Roma a encontrarse con él. Juan Pablo II ha continuado, en la misma línea de Pablo VI, sus encuentros ecuménicos con numerosos representan-

tes de otras iglesias y comunidades cristianas: con el patriarca Dimitrios I (Istambul, 1979) y con el actual patriarca de Constantinopla Bartolomeo I en repetidas oportunidades; con el Consejo de la Iglesia evangélica (Maguncia, 1980), y con el Doctor Runcie, arzobispo de Canterbury (Accra en Ghana, 1980; Canterbury, 1982). Juan Pablo II convirtió además el Secretariado para la unidad de los cristianos, creado por Juan XXIII, en un Consejo Pontificio. De mucha trascendencia, dentro del Magisterio de la Iglesia católica, es su Encíclica *Ut unum sint*, así como el Directorio oficial para el ecumenismo, este último surgido del Pontificio Consejo para el fomento de la unidad de los cristianos.

Entre los acontecimientos ecuménicos más importantes hay que resaltar el levantamiento de las excomuniones mutuas proferidas por las Iglesias oriental y occidental, en una emocionante ceremonia de reconciliación, realizaba simultáneamente en Roma por el Papa Pablo VI, y en El Phanar, Istambul, por el patriarca Atenágoras en vísperas de la clausura del Concilio (1965), y la proclamación reciente de un Acuerdo entre la Iglesia Católica y la Federación luterana mundial sobre el tema de la justificación (1999).

Muchos otros acuerdos y declaraciones doctrinales comunes han tenido lugar en los años que siguieron al Concilio: los Acuerdos logrados por la Comisión internacional anglicano-católico romana sobre la Eucaristía (Windsor, 1971), sobre el ministerio (Canterbury, 1973) y sobre la autoridad de la Iglesia (Venecia, 1976). El Acuerdo logrado por el Grupo de Dombes sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía (1971-1972), sobre la necesidad

de la ordenación sacerdotal (1973) y sobre el episcopado (1977).

Existe pues, como un signo que anuncia tiempos nuevos, un gran movimiento ecuménico, que trabaja por el diálogo entre los cristianos en búsqueda de una comunión creciente, con un espíritu abierto y con criterios evangélicos, basados en el principio eclesiológico de la "unidad dentro de la diversidad".

En este diálogo se fundamenta la esperanza de un gran crecimiento y enriquecimiento del cristianismo del futuro. Los valores específicos y toda la tradición de un cristianismo oriental representan una inmensa contribución para un cristianismo, como el occidental, que ha reducido excesivamente su racionalidad, y que ha perdido la capacidad de vivir la experiencia de lo sagrado de una manera más integral, profunda y mística: el Papa Juan Pablo II ha hecho un valioso reconocimiento de los valores del cristianismo oriental en su Carta Apostólica *Oriente Lumen*. Pero también el cristianismo occidental, tanto el católico como el protestante, tiene valores muy importantes que aportar en este encuentro de integración cristiana, precisamente en el sentido de la racionalidad en la cual se ha desarrollado tanto. Llegará un día en el cual los cristianos ya no miremos nuestras diferencias con la actitud negativa, con la cual las hemos mirado en épocas de confrontación, sino con actitud agradecida y positiva, como dones del Espíritu de Dios para crecer juntos por el camino de la comunión cristiana.

**3.2. El gran diálogo entre las religiones del mundo y el papel que, dentro de él, corresponderá al cristianismo en el futuro.**

Al llegar al final del segundo milenio acaba de tener lugar un importante acontecimiento, convocado por el Papa Juan Pablo II, a los diez años de la celebración de un encuentro en Asís, que también había convocado y presidido entonces el Santo Padre: 230 delegados de las distintas religiones del mundo se reunieron ahora para realizar un acto trascendental, que debía expresar la voluntad de diálogo y de comunión. Entre los asistentes se encontraban el patriarca ecuménico de Constantinopla, Bartolomeo I, y el Dalai Lama. Después de las sesiones de trabajo, y de participar en un acto cultural, un concierto que quería presentar ante el mundo entero un mensaje de unidad y de paz, los participantes se trasladaron a Asís para hacer una oración por la paz: ante la tumba de San Francisco estuvieron presentes cristianos, judíos, musulmanes, budistas, sikhs, bahais, sintoístas e hindúes, quienes continuaron sus deliberaciones luego en el convento de los padres franciscanos. El día 28 de octubre terminaron las sesiones con una declaración conjunta, y con una impresionante reunión de clausura en la Plaza de San Pedro, presidida por el Papa, acompañada de los líderes de las religiones representadas en la Asamblea, clausura en la que tuvo lugar un importante gesto simbólico de paz.

También pues, en este campo del diálogo entre las religiones de la humanidad, empiezan a percibirse signos del futuro, que tienen sus antecedentes.

En efecto, ya en el siglo pasado, con ocasión de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, comenzó a darse un gran interés por este diálogo entre las religiones. Para celebrar



este acontecimiento se organizó una Exposición Colombina, inaugurada en el otoño de 1893 en Chicago, en la que se quería dar expresión al gran triunfo del espíritu de la Modernidad en todos los aspectos. A un hombre llamado Charles Carroll Bonney, abogado de Chicago y miembro de la iglesia swendenborgiana, fundada en 1787, se le ocurrió la idea de acompañar la demostración del gran progreso occidental moderno, con un ambicioso programa cultural, dentro del cual se incluía lo referente a la religión. La religión había perdido, es cierto, la posición de dominio que tenía sobre todos los sectores de la realidad, dentro del paradigma del Medioevo y aún del de la Reforma. Dentro del paradigma de la Modernidad, ella había quedado ahora relegada a un ámbito bien delimitado. La Exposición Universal de Chicago debía dar expresión simbólica visible a esta situación.

Pero el espíritu que animaba a los promotores del evento era un espíritu de entendimiento entre los pueblos a través de las religiones. Así lo proclamó, con el entusiasmo propio de la época, Charles Carroll Bonney en el saludo que pronunció al inaugurar la Exposición:

*En este día amanece el sol de una nueva época de paz religiosa y de progreso en el mundo y se disipan las palabras sombrías de la pugna sectaria. En este día se abre una nueva flor en los jardines del pensamiento religioso y el aire se llena de su precioso aroma. Hoy nace una nueva fraternidad en el mundo del progreso humano, que contribuye a la construcción del reino de Dios en el corazón de los hombres. La época, la flor, la*

*fraternidad, tiene un nombre. Es un nombre que alegra a los corazones de aquellos que honran a Dios y aman a los hombres. Quienes oigan su música, háganla resonar hasta el sol y entre las flores. Es la fraternidad entre las religiones.*<sup>8</sup>

Pero el momento del gran diálogo religioso de la humanidad no había llegado tal vez todavía. Apenas lo estamos empezando a vivir ahora, en vísperas del comienzo del tercer milenio de cristianismo, como un signo de lo que será el futuro de la humanidad. Varios hechos son testimonio de este nuevo espíritu.

Primero que todo, conviene que volvamos nuestra mirada, desde la perspectiva de la Iglesia católica, a lo que empezó a plantearse en este sentido en el Concilio Vaticano II. Como ya se ha dicho, la apertura dialogal que el Papa Juan XXIII inspiró al Concilio no contemplaba solamente la relación entre las confesiones cristianas. La Iglesia católica se declaró decidida también a entrar en diálogo con las otras religiones de la humanidad. El Con-

*Se va quedando atrás la época en la cual las religiones, también evidentemente el cristianismo, se declaraban cada una la única religión legítima y descalificaban a las demás, hasta llegar a demonizarlas.*

cilio promulgó un importante Documento al respecto titulado la Declaración *Nostra aetate*. Desde entonces se han dado esfuerzos muy fecundos de diálogo del

---

<sup>8</sup> Karl-Joseph Kuschel, *Hacia una ética mundial*, p. 73.

cristianismo con las otras religiones de la humanidad, que demuestran una actitud honesta, humilde y llena de apertura. Se va quedando atrás la época en la cual las religiones, también evidentemente el cristianismo, se declaraban cada una la única religión legítima y descalificaban a las demás, hasta llegar a demonizarlas.

Para conmemorar el centenario del surgimiento del Primer Parlamento de las Religiones del mundo, se celebró, de nuevo en Chicago, un Segundo Parlamento en 1993, en el que se promulgó una gran Declaración titulada Declaración de una ética mundial, preparado por Hans Küng, tenida ahora en cuenta la nueva realidad planteada por la época que venimos designando como una época de posmodernidad :

*Las religiones ya no se desenvuelven separadamente las unas de las otras en continentes distantes sino que empiezan a coexistir en espacios más reducidos y con ello se plantean nuevamente cuestiones sobre capacidad interreligiosa para alcanzar un nivel de cooperación y diálogo. Esto ocurre hoy pero no desde un horizonte de Modernidad (de una sutil y directa expectativa de hegemonía de una religión sobre otra) sino desde un horizonte posmoderno. Si el primer Parlamento de las Religiones del mundo discursó motivado por un ideal genérico de "fraternidad de las religiones", el segundo hubo de ocuparse de cuestiones concretas de convivencia entre las religiones y, al tiempo, de cuestiones de convicciones comunes, de actitudes funda-*

*Al cristianismo, que por naturaleza es una religión de la fraternidad, se le presentan oportunidades maravillosas de realizar su misión, como factor de comunión de las religiones.*

*mentales y valores comunes. En pocas palabras: de cuestiones relativas a una ética común a todas las religiones.*<sup>9</sup>

De nuevo nos encontramos aquí con "signos de los tiempos", que permiten presagiar para el futuro un gran diálogo entre las religiones. Un gran diálogo, cuyas consecuencias son de una trascendencia incalculable para el crecimiento de la humanidad en el sentido de la fraternidad y para hacer realidad el sueño de un mundo en paz. Es lo que Hans Küng ha expresado bellamente en una obra sobre las posibilidades de una ética universal, considerada no como un programa sincretista, sino como un gran acuerdo de colaboración entre todos los hombres que cultivan grandes ideales, como lo son los que han encontrado su expresión en las distintas religiones de la humanidad,<sup>10</sup> en favor de la paz: si no se puede dar la paz entre las religiones, no podrá haber paz en la humanidad en el futuro.

No tenemos todavía seguramente los instrumentos conceptuales necesarios para realizar este gran diálogo, pero ya contamos con la necesidad sentida de emprenderlo. Al cristianismo, que por naturaleza es una religión de la fraternidad, se le presentan oportunidades maravillosas de realizar su misión, como factor de comunión de las religiones. Este gran proyecto no significa para el cristianismo la renuncia a su vocación misional, sino el descubrimiento más profundo de lo que significa el gran propósito que lo anima y que venimos designando como la tarea de la

<sup>9</sup> Ib. p. 85.

<sup>10</sup> Hans Küng, Proyecto de una ética mundial, Madrid: Ed. Trotta, 1992.

evangelización: al valorar, como lo debemos hacer los cristianos, nuestro propio camino religioso, comprendemos desde él que es posible fecundar con sus ideales todo lo que es humano y todas las búsquedas religiosas de la humanidad.

### **3.3. El diálogo entre las culturas y las religiones de la humanidad, y, en particular, el diálogo del cristianismo con ellas y con la cultura moderna.**

Estamos viviendo ya en una época que ha sido designada como época de la posmodernidad o época de la modernidad tardía. Y es precisamente con ella y no con la cultura de épocas pasadas con la que ahora tiene que entrar en diálogo el cristianismo y tienen que entrar en diálogo las religiones.

Es lo que aparece, como voluntad explícita, en los propósitos de la Iglesia, desde el Concilio Vaticano II. El diálogo con la cultura moderna aparece contemplado dentro de los objetivos fundamentales del Concilio, en la mente misma del Papa Juan XXIII, y ha sido anunciado en un Documento conciliar tan importante, como lo fue la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*. La Iglesia se presenta a sí misma, en dicho Documento, de manera distinta a como sucedía en épocas pasadas en las cuales ella gozaba de una situación de privilegio, como servidora de la humanidad. De esta disposición de realizar una "diaconía histórica" en relación con el mundo moderno han dado testimonio el Papa Pablo VI y el Papa Juan Pablo II, al presentarse ante el Foro de las naciones, la ONU, para proclamar que la Iglesia es "maestra en humanidad".

*El mundo de la modernidad tardía, o de la posmodernidad, que se anuncia es un mundo lleno de posibilidades, un mundo de grandes encuentros culturales y no precisamente de aislamientos y de divisiones.*

¿Podrá pensarse, ahora, que para el concierto cultural futuro de la humanidad, conformado por una pluralidad de culturas, se anuncian tiempos sombríos? Es esa la controvertida tesis del Director del Instituto de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, Samuel Huntington, en su obra *The Crash of Civilizations*, en la que considera que, una vez superados los conflictos actuales entre Norte y Sur, entre ideologías de un primero y un segundo mundos, entre pobres y ricos, lo que se anuncia para el futuro son conflictos entre civilizaciones. Pero no parece ser esa la única actitud prospectiva que anuncian los signos de los tiempos que vivimos.

Es posible tener otra actitud frente al futuro. Ya el Papa Juan XXIII señalaba, en su discurso de inauguración del Concilio Vaticano II, que se debía tener una actitud de esperanza frente al futuro y manifestaba su desacuerdo con los rumores de escepticismo y de pesimismo provenientes de los que él llamaba "profetas de calamidades".

El mundo de la modernidad tardía, o de la posmodernidad, que se anuncia es un mundo lleno de posibilidades, un mundo de grandes encuentros culturales y no precisamente de aislamientos y de divisiones. Es un mundo en el que se puede esperar un crecimiento de la humanidad en su sentido de responsabilidad y de fraternidad.

Ahora bien, ese mundo "adveniente" está clamando por una iluminación surgida de la experiencia de Dios que realizan los hombres por todas partes y por distintos caminos, y que, en nues-

tro caso, quiere realizar de manera siempre más fiel al evangelio de Jesucristo la Iglesia católica y, en general, todo el cristianismo. Al cristianismo se le presentan desde ahora grandes posibilidades no sólo de prestar un importante servicio de iluminación y de ennoblecimiento de la cultura moderna, sino también de ser un instrumento providencial de integración de las culturas, en virtud de la relación intrínseca que él tiene con lo humano y con el proyecto de la fraternidad universal.

### **Para concluir**

Los creyentes, sea lo que sea el camino que providencialmente Dios nos ha señalado para realizar nuestra existencia, tenemos que tener una actitud positiva

para interpretar la historia y para participar en la construcción del futuro. Al llegar al término de un milenio, en el que la cultura occidental cristiana ha desempeñado un gran papel en dicha historia, nuestra actitud hermenéutica no puede ser radicalmente negativa, pero sí suficientemente honrada e inteligente para comprender que tenemos en el horizonte un mundo por construir, que debe ser un mundo más humano y fraternal, que ya se puede adivinar por los "signos de los tiempos", de los que nos ha tocado ser protagonistas. En términos tomados del evangelio y, por lo tanto, del proyecto fundamental de Jesús, en esos "signos de los tiempos" está germinando ya el Reino de Dios en la historia de los hombres.

